

## PERDONAR

Se dice que algunas personas mayores conservan resentimientos o rencores que bien les hacen sufrir. Este poema, tan hermoso y tan cristiano, es una guía para todos en esta tarea, tan noble y ennoblecedora que Cristo nos encomienda: «amad a los que os persiguen».

Perdonar es firmar  
con sangre un cheque en blanco  
y dejarlo sin trabas  
encima de la mesa  
al descansado alcance  
de quien, habiéndose arrepentido,  
anhele regresar ¡y venga!  
a la mansión amiga.

Si aquellos que nos maltrataron  
persistiendo en su alejamiento  
quisieran ser ladrones  
de este leve papel azul  
¡de nada les serviría  
que estuviera firmado y rubricado!  
Entre sus manos sucias  
el tan valioso documento  
se les desharía en cenizas  
por las aceras  
antes de que llegasen  
al Banco visible de la amistad  
sin precio.

Un cheque en blanco ciertamente  
es el perdón  
que se ofrece de veras.  
Porque es el «per-donar»  
estar dispuesto  
a donar «muchos dones»  
a las mismas personas  
que mal malbarataron los primerizos  
regalos  
que les dimos, cándidamente.  
Si vuelven les ofreceremos ¡sí!

aún más.  
Que es mayor la alegría  
del acercarse aquellos que se huyeron  
¡los amigos perdidos  
de nuevo recobrados!

No importa que se fueran  
setenta veces siete.  
Cada vez que nos vuelven  
es porque mejor nos conocen  
y cada vez se nos retornan  
con mayor confiada libertad.  
Y más humildes,  
más verdaderos.

Perdonar, es más todavía.  
Es salir  
sin que nos importe  
el tiempo borrascoso  
ni el día ni la hora  
ni el qué dirán  
los amigos que nos quedaron.  
Salir llevando entre los dedos  
este cheque sin números  
-el corazón-  
y caminar por todas las veredas  
en busca  
de esos amigos  
desamigados,  
perdidos en el bosque.  
Qué gozo al encontrarlos aún viviendo,  
no muertos del todo,  
pues al vernos sonríen  
como niños que juegan  
al escondite aunque asustados  
de intuir los peligros  
que en la maleza de su soledad, alevos  
les acechan.

Perdonar es amar sin límites.  
Es reamar muchas más veces,  
multiplicando  
la misma intensidad gozosa

de la pleamar del amor.

Y perdonando  
es ¡sí! como mejor se alcanza  
que los demás ¡al fin!  
nos amen plenamente.

(Y... también lograremos  
que ellos, a nosotros  
-tantas veces a nuestra vez perdidos-  
nos busquen sin sosiego y nos hallen.  
Y mirádonos como sin mirarnos  
¡nos reperdonen!)

*Alfredo Rubio de Castarlenas*